

Memoria y desmemoria

Entre el “otro” 11 de septiembre y la tumba de Allende.

Mónica Díaz Macker

Profunda reflexión sobre el valor de la memoria y los efectos del olvido. ¿Existe una memoria para las Torres Gemelas y otra para el 11 de septiembre chileno?

Allende



115 vs 115, Óscar Baiges

Duele constatar que aunque Salvador Allende dijera, en sus últimas alocuciones, mientras la fuerza aérea de Chile derribaba las torres de las emisoras más importantes de Santiago, “superarán otros hombres este momento gris y amargo”, reconstruir la textura de aquellos años de esperanza, de ilusión no es posible. Había sido un proceso lento y difícil, convencer a la mayoría de los chilenos de que nuestro destino estaba en nuestras manos. Sólo teníamos que unirnos políticamente en torno a un gran proyecto común. Proyecto que fue sofocado y yugulado por la reacción, y que, como decimos, jamás podrá volver de manera siquiera similar. Volvió la democracia, pero pasarán generaciones hasta que quizás un día alguien descubra que hubo en el pasado un gran dirigente que dio la vida por su país y que sólo presumió de haber sido leal al pueblo. Muerto Allende, como quería Nixon, su cuerpo fue entregado a su viuda en un tosco cajón que “rezumaba sangre”, como ella dijo, y que no se le permitió abrir. Fue llevado a Viña del

Mar y enterrado en el cementerio de Santa Inés, de noche, sin testigos y en una tumba sin nombre. Pese a ello, durante 17 años, los que duró la dictadura, su tumba siempre tuvo flores frescas. En 1990, restablecida la democracia, los restos de Allende fueron trasladados a Santiago y depositados tras un acto multitudinario en el mausoleo familiar. Yo sólo pude ver esta tumba en un viaje a Chile en 2010, veinte años después. Casualmente, se encontraba cerca del pequeño mausoleo familiar donde descansan los restos de mi madre.

Me atraía la idea de escribir sobre un tema tan sugerente como memoria y desmemoria. Pero cuesta encontrar el ángulo. Por un lado, siendo una chilena afectada por la dictadura pinochetista, era grande la tentación de escribir sobre ello: qué supuso, cómo nos afectó una catástrofe como esa. Y no solo en la dimensión personal, sino en la forma como afectó a toda una generación en mi país. Se podría llegar más lejos: hay datos que apuntan a la existencia de elementos comunes entre varias dic-

taduras latinoamericanas de los años 60 y 70 en Brasil, Uruguay, Argentina, Chile... Fueron dictaduras reaccionarias con intervención hoy reconocida de EE.UU y de una crueldad y carácter sanguinario inusitado. El atropello a los derechos humanos fue generalizado y dramático. Por otro lado, como eterna estudiante de filosofía barruntaba que había allí profundidades a las que no tenía claro cómo acceder. Empecé a mirar cosas: descubrí que el amable y encantador profesor Emilio Lledó es en España quien tiene acreditado haber estudiado la cuestión de forma más amplia y persistente. Lo de Paul Ricoeur es más complicado: sí, es verdad que es quien ha escrito sobre la memoria, la historia, el olvido, pero sus extensos y densos estudios no se prestan para extraer conclusiones breves y concisas. Había que seguir buscando en Dr. Cerrada. Voy directamente a J. A. Marina, autor que coincide conmigo en la amplitud de la importancia de la memoria: “somos memoria (...) cada una de nuestras actividades motoras

o cognitivas están dirigidas por la memoria. En ella reside también nuestra identidad personal, el hilo de nuestra biografía (...). Nuestra memoria guarda las huellas de nuestra vida”¹

Pero quien con más profundidad y acierto me ofrece una vertiente aprovechable es Reyes Mate. Estiré la mano en la “Ma” hacia un libro no demasiado grande que se me escabullía, pensando, encontrar algo de Maturana, el biólogo y filósofo chileno, pero era Mate el autor.² Lo primero que dice Mate es que la memoria está *de moda*, “cotiza al alza” y lo dice porque aniversarios como los de Auschwitz van teniendo cada década más repercusión. Surgen nuevas conmemoraciones como el Día de la Esclavitud, en Francia promovido por descendientes de esclavos. Son casos en los que la memoria va más allá de un gesto compasivo con un pasado sufriente; lo que se pretende es que se recuerde, que se remueva un pasado que no consta en los libros de historia,³ incluso que se contrasten las creencias más orgullosas que han convivido sin problemas con prácticas despreciables. Ese cambio de época lo sitúa R. Mate en el año 2000, cuando un grupo de intelectuales colombianos, encabezados por Gabriel García Márquez, protestan por la exigencia de visado en Europa a sus compatriotas y lo hacen recurriendo a la memoria histórica. Piden a los españoles explicar a sus socios europeos que “ustedes tienen con nosotros una obligación y un compromiso histórico a los que no pueden dar la espalda”, pues tenemos un nexo de sangre y si no, una deuda de servicio. Y “si la memoria cotiza al alza” —dice R. Mate— “el olvido lo hace a la baja”: ya no venden los modelos de olvido. La transición política española, que durante años fue valorada como modélica, es superada por las

de Chile, Argentina o Sudáfrica que se han hecho bajo el signo de Comisiones de la Verdad. Es verdad que la memoria abre heridas y encrespa la convivencia, pero lo que procede es hacer frente a esas complicaciones, no optar de entrada por cerrarse a mirar el pasado con la excusa del carácter perturbador de la memoria. Esa actitud a mí siempre me ha parecido la del mal estudiante que se resiste a dar la lección y si bien en Chile, en forma similar a Argentina, que nos llevaba la delantera, se hizo ese esfuerzo por reconocer a las víctimas, también es verdad que aún se vive y se vivirá la confrontación entre la pseudohistoria que se hizo durante la dictadura, aunque fuese en primorosas ediciones, y la verdad de quienes sufrieron la bárbara represión. Allí, como aquí, se levantan voces que deploran lo que califican como regodeo con temas macabros, o ganas de hurgar en la podredumbre. No son más que intentos de descalificar a quienes quieren construir una imagen de la historia reciente, congruente con la realidad de los hechos después de cerca de 20 años en que se interpretó la realidad sobre la base de eufemismos, silenciamientos y negación de la verdad.

“ Y “si la memoria cotiza al alza” —dice R. Mate— “el olvido lo hace a la baja”. ”

En mi viaje a Chile en 2012 por motivos familiares, tuve la oportunidad de visitar el Museo de la Memoria, entidad cuya existencia desconocía. Se trata de un edificio importante, de grandes dimensiones, situado en una vasta explanada que genera un espacio como de teatro clásico, todo ello en una zona muy popular. Cerca de allí se encuentra el hermoso Parque de la Quinta Normal, donde solíamos llevar a nuestros niños de pequeños, porque había un trencito en miniatura en el que niños y padres montábamos con el mismo entusiasmo. Me había enterado por la publicidad que aparece en paneles en las estaciones de metro de que se celebrarían allí unas jornadas chileno-

argentinas sobre la memoria histórica. Realmente no tenía idea de cómo estaba ese tema y fui: encontré muchas cosas. En la explanada en que se encuentra el edificio había una exposición de carteles, editados durante la dictadura, con recursos modestos y sencillez estética, que simplemente denunciaban las desapariciones de chilenos mostrando sus fotos, sus rostros, y exhibiendo sus nombres y apellidos. Se trataba de decenas y decenas de humildes y anónimos chilenos, a los que otros anónimos chilenos sacaban del anonimato. Gritando sus nombres, en los modestos carteles, denunciaban doblemente que esas personas habían sido hechas prisioneras por la dictadura, y que la dictadura era una dictadura asesina, porque no se les volvió a ver con vida.

Dentro del edificio había más exposiciones, en el mostrador de entrada había ejemplares del Informe Rettig⁴ para que consultase quien quisiese, también había una pequeña tienda y librería donde estaba en oferta literatura acorde con el propósito del lugar. Por las conferencias, algunas impartidas por técnicos argentinos, pude comprender que lo que se estaba haciendo en Chile se estaba haciendo paralelamente en Argentina. Como vivo desde hace 35 años en Zaragoza, España, donde me encontré, dando clases de teatro en La Romareda a chicos/as de 6.º de EGB que en los años 80 no sabían que Federico García Lorca había sido asesinado por los mismos que se alzaron contra la República, y donde sigue siendo motivo de controversia el que familiares de los españoles pasados por las armas y enterrados ignominiosamente por todo el territorio quieran buscar los restos de sus deudos, me pareció que la existencia en Chile y Argentina de entidades destinadas a mantener la memoria de

1 J. A. Marina, *El laberinto sentimental*, pp. 152—174

2 El libro es *La herencia del olvido*, de Reyes Mate, Premio Nacional de Ensayo 2009, cap. VII, Tierra y huesos. Reflexiones sobre la historia, la memoria y la “memoria histórica”.

3 Caso similar es el de la relativamente nueva (surgió en los años 70 del siglo pasado) Historia de las Mujeres.

4 El Informe Rettig es el documento oficial resultante de la Comisión que investigó las denuncias por desaparición, tortura, y violación de derechos humanos en Chile bajo la dictadura de Pinochet. La Comisión constituida en el gobierno de Patricio Aylwin, fue autorizada en abril de 1990 y terminó su labor en febrero de 1991 y se la llamó Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación.

lo ocurrido implicaba que el tiempo histórico transcurrido entre la dictadura franquista y las sudamericanas no había pasado en vano.

Y por esas razones seguía gustándome el enfoque dado por Reyes Mate que a continuación señalaba que hoy los apologistas del olvido están desconcertados y cacarean acerca de ese carácter, para ellos, perturbador de la memoria. Hay autores, señala Mate, que defienden a capa y espada la amnistía general, amnistía entendida como una compensación entre excesos de signo opuesto. Pero amnistía no es lo mismo que olvido, “pues todo el mundo recuerda”, aunque se la ha querido entender como una consigna para “echar al olvido”, lo que vendría a ser como la renuncia consciente a la significación política del pasado para el presente. Curiosamente, los apologistas del olvido que quisieron borrar de la memoria el tiempo de la República, también quisieron obviar el pasado franquista de quienes amanecieron liberales de un momento para otro.

Hay que constatar, sin embargo, que el significado mismo de “memoria” ha cambiado debido a la reflexión filosófica de la que antes se señalaba algún indicio: Lledó, Ricoeur, Benjamín,⁵ Halbwachs⁶... que aborda el análisis del tiempo, la relación entre el ser y el tiempo, y vamos a decirlo ya, debido fundamentalmente a la grave entidad de lo sucedido en las dos guerras mundiales, motivo también de reflexión filosófica. Cree R. Mate que la modernidad declaró la guerra a la memoria entendida como norma tradicionalista, que demandaba que el presente fuese continuación de lo que siempre había sido. Pero esto cambia en el s XX: a la ya vertiginosa velocidad de los cambios en ciencia, tecnología, formas de vida que había alcanzado el s XIX, se añade

el empujón de la Primera Gran Guerra. La gente percibía de repente que un modo de ser y de vivir que venía de muy lejos, “se iba por el sumidero de la historia”, se produjo una experiencia de pérdida a la que habrían respondido Proust en literatura o Bergson en filosofía. En este cambio se asocia primero memoria a progreso y luego, en el período entre guerras, la filosofía abre un espacio a la memoria como conocimiento. El horror de lo ocurrido en la II Guerra Mundial sube la apuesta planteando un “deber de memoria”. Se nos ocurre que parte de ese cambio tiene explicación sociológica: parte de la diferencia que se establece es la existencia de un estrato más amplio de clases medias cultas afectadas por las guerras, que están en condiciones de dejar sus testimonios, sus escritos, sus reflexiones y de reclamar justicia, porque como dice Reyes Mate, “la memoria es justicia”. Y añade: “Pero con esto no está todo dicho. Lo hasta ahora visto sería un desglose de la memoria como conocimiento, pero hay algo más: el deber de la memoria, la memoria como deber”. Esto apunta a un aspecto moral de la memoria que tiene que ver con un fenómeno ante el que no podemos cerrar los ojos: se trata del sufrimiento del otro.

“ El horror de lo ocurrido en la II Guerra Mundial sube la apuesta planteando un “deber de memoria”. ”

Está sin duda, el caso del nazismo, pero no podemos olvidar Hiroshima y Nagasaki, o la guerra de Vietnam. Ni nosotros, como latinoamericanos podemos olvidar las profusas dictaduras que nos han asolado, “último recurso” del imperialismo para no perder sus prerrogativas en nuestras tierras, unas tierras a las que, como dice Eduardo Galeano “les ha tocado perder, mientras a otras les ha tocado ganar”...⁷

7 Eduardo Galeano, *Las venas abiertas de América Latina*.

La necesidad de una reflexión profunda sobre la relación entre violencia y política a que nos lleva, según Reyes Mate, este estado de cosas, él la valora como una tarea pendiente. Nosotras creemos que parte importante de esa tarea la hizo Hannah Arendt, filósofa judía que se sintió compelida a ese análisis y que lo realizó, como se sabe en su obra *El origen del totalitarismo*, de 1951.

¿Sabremos alguna vez por qué los terroristas islámicos que derribaron las torres gemelas de Nueva York un 11 de septiembre de 2002 escogieron ese día para hacerlo? Lo ignoro. Lo que sí sabemos los chilenos que sufrimos el golpe de estado del 11 de septiembre de 1973 es que, como dijo la poeta colombiana, “el horror de hoy sepulta el horror de ayer”. Para los ciudadanos de EE.UU fue una conmoción afrontar el horror como una experiencia real y no solo como imágenes de TV, como solían vivir las “guerras” de su país con el resto del mundo. Ahogarse con el polvo del gigantesco rascacielos que se había desmoronado, ver la sangre de la gente herida, ver aquellas personas que empujadas por el pánico saltaban al vacío, contemplar un avión, y luego otro, estrellándose contra sus emblemáticos edificios, ver a sus policías, a sus bomberos “choqueados”, deambulando por la calle atontados, sin reflejos... Todo esto, ocurriendo en las calles de Nueva York excedía su capacidad de comprensión.

No es ciertamente agradable ver que tu mundo salta por los aires y tienes que encajar lo horrible instalado en tu inmediatez cuando un segundo antes tu vida transcurría en medio de la calma y la normalidad. En eso fueron similares los ciudadanos de N. York a todas las personas que a lo largo del mundo han sufrido la agresión abierta o encubierta del poderoso imperio, como por ejemplo, los chilenos.

Pero la diferencia entre lo ocurrido el 11 de septiembre de 1973 y el 11 de septiembre de 2002 es que:

1) En las torres gemelas, en una ciudad de 15 millones de habitantes murieron 2 mil personas. En Chile, en

5 Para R. Mate, Benjamin, con sus *Tesis sobre el concepto de historia*, es el exponente más destacado del cambio que supone afirmar que la memoria, todo lo subjetiva que se quiera, también produce conocimiento, y precisamente con él la memoria pasa a ser una “teoría del conocimiento”.

6 Maurice Halbwachs es autor de *Les cadres sociaux de la mémoire*, de 1925 y de *Mémoire collective*, de 1950. Citado por Reyes Mate en op cit.

un país de 11 millones de habitantes murió un número que puede acercarse a 30 mil personas, incluyendo al presidente legítimo en ejercicio, Salvador Allende Gossens. El número real de víctimas nunca será posible conocerlo del todo, ya que los militares arrojaron cadáveres al río Mapocho, al mar, los enterraron en minas abandonadas, etc., La gente no solo murió en el momento del golpe, siguió siendo exterminada a lo largo de los 17 años de dictadura. Además, un millón de chilenos salió al exilio, temiendo por su vida o la de sus hijos. De ellos, muchos no regresaron al país, por lo prolongado de la dictadura.

2) Las secuelas fueron, para N. York, las de las víctimas, sus familias, el impacto en la ciudad, el país, en la imagen, en su orgullo nacional. Para Chile, fueron la destrucción de su sistema democrático y 17 años de una dictadura que desmanteló el estado chileno, salvo en aquello que servía a los fines de los dictadores y la instauración de un sistema económico neoliberal (experimentos de los *Chicago Boys*) en un país de economía subdesarrollada: su traducción, miseria generalizada para una gran mayoría de la población. Concentración de la riqueza y el poder, ya concentrado, en cada vez menos manos.

3) En EE.UU se endurecieron las medidas de seguridad de forma permanente. En Chile, los derechos humanos fueron atropellados permanentemente. Ciudadanos fueron encarcelados, relegados (enviados lejos de sus lugares de residencia), exonerados, es decir, despedidos de sus puestos de trabajo si estos eran en la administración, fusilados, torturados, desaparecidos... Se cerró el parlamento, los sindicatos, los diarios que apoyaban al gobierno... Y Chile no era un paisito de chicha y nabo. El país se independizó en 1818 de la monarquía española, y desde 1833 mantuvo en vigencia la misma Constitución hasta 1973, el año del golpe, una democracia, aunque pobre y alejada, con una solera que querían para sí algunos países europeos. La educación chilena gozaba de prestigio en toda Sudamérica y la

calidad de sus médicos, arquitectos, periodistas, ingenieros, etc., estaba a la altura de la de los países más desarrollados.

Después de repasar los debates que se han producido en España en los medios de comunicación sobre la memoria histórica R. Mate resume que nos deja el saldo de “tres graves cuestiones”: la naturaleza de la memoria histórica, el alcance epistémico y político de la memoria y el alcance ético de la memoria. Y ante la pregunta: ¿Qué es entonces la memoria? Responde: Una actividad hermenéutica: hacer visible lo invisible. Y por ello, frente a las múltiples estrategias de invisibilización está la reivindicación de la mirada de las víctimas: no es lo mismo ver el fenómeno del esclavismo desde el comerciante de esclavos, desde el abolicionista o desde la mirada de los esclavos.

“ En EE.UU se endurecieron las medidas de seguridad de forma permanente. En Chile, los derechos humanos fueron atropellados permanentemente. ”

La memoria es justicia; ambas son indisolubles porque sin memoria de la injusticia no puede haber justicia. En ese sentido, todo el que llega a tener conocimiento de la injusticia se transforma en juez; la cuestión está cuando un sistema se construye sobre la ocultación, sobre el esfuerzo por impedir que la gente conozca.⁸

⁸ En la actualidad, en España no estamos lejos de que eso ocurra, pensemos en lo acontecido con el director de El Mundo, apartado mediante alambicadas maniobras de su puesto debido a su empeño en señalar al presidente del gobierno como implicado en complejas tramas de corrupción política. Sin compartir el estilo, la ideología de Pedro J. Ramírez, hasta los niños de pecho saben que esa maniobra que se intenta presentar como políticamente correcta es una acción perversa para impedir que el público acceda a información a la que tiene derecho, pues le afecta en sus intereses ciudadanos.

Como se dijo más arriba, “con esto no está dicho todo”, más allá está el deber de memoria, un descubrimiento reciente, surge después de Auschwitz, cuando los supervivientes lanzan desde los campos de exterminio el “nunca más”, lo que transforma a la memoria en recurso necesario, es necesario recordar el horror para que no se repita. El elemento nuevo, el revulsivo fue la emergencia del sufrimiento del otro, que hasta allí había sido privado de consideración. En los campos de concentración nazi este sufrimiento llegó hasta límites tan pavorosos, la demolición de los seres humanos fue tan despiadada, que el sufrimiento se hizo visible hasta proporciones que obligaron a tenerlos en cuenta. El dolor de seres humanos producidos por otros seres humanos entró en la ecuación, todo esto exige, como hizo H. Arendt, lo mismo que Adorno repensar la verdad, la política, la moral teniendo en cuenta la barbarie que parecemos ocultar bajo un ligero barniz de modernidad. Es una tarea de la mayor importancia: repensar la política teniendo en cuenta la barbarie significa cuestionar el progreso como lógica de la política. Benjamin en su Tesis n.º 8 relaciona progreso con fascismo. ¿Qué tienen en común? Dice Benjamin que avanzar sobre las víctimas, aceptar con toda normalidad la producción de víctimas, como si la conquista de nuevas metas tuviera un inevitable costo humano y social. Indicada la importancia de esta tarea, también reconocemos que no es la de este momento y lugar, por tanto, os emplazamos, pacienzudos lectores, para otra ocasión. Solo indicar, con ayuda de R. Mate que “la memoria del sufrimiento no es un fin en sí mismo, sino el inicio de un proceso que debe llevar a la convivencia en paz, es decir, basada en la justicia”.

En resumen, parafraseando la conocida frase: “La poesía es un arma cargada de futuro”⁹ hoy podríamos decir que “la memoria es un arma cargada de futuro”.

⁹ Gabriel Celaya, *Cantos Iberos*, 1955, *La poesía es un arma cargada de futuro*.